

José Antonio Rial
Por Samir Delgado

1. Quién es

José Antonio Rial (Cádiz, España, 21 de abril de 1911- Caracas, Venezuela, 17 de noviembre de 2009) escritor, dramaturgo y periodista, exponente singular de la condición de emigrante canario y exiliado republicano en América. Obtuvo la Medalla de Oro de Canarias en 2007. Transcurre su infancia en la isla de Lobos, Fuerteventura, fue hijo de José Rial Vázquez (1888-1973) periodista, escritor y farero, nacido en Filipinas, quien destacó como redactor jefe de *La Provincia* y director de la revista *Atlántida*, además de autor de numerosas novelas y obras de teatro. Fue deportado político en Villa Cisneros, junto a personalidades como Pedro García Cabrera, durante la Guerra Civil. José Antonio Rial, por su parte, cursó estudios de Náutica y fue integrante de las Juventudes de Izquierda Republicana y del movimiento surrealista de Santa Cruz de Tenerife en los años de la II República.

Tras el golpe militar franquista, fue detenido, procesado y condenado a muerte, obteniendo en 1943 la libertad vigilada. Emigra en 1950 a Venezuela, desempeñándose como redactor jefe en los diarios *El Universal* y *El Nacional* de Caracas. Destacó profesionalmente en la Televisión Nacional de Venezuela, con el programa semanal sobre teatro titulado “El rostro y sus máscaras” durante dos décadas. El grupo venezolano Rajatabla llevó a escena parte de su obra teatral. En su trayectoria vital fue profesor en la Universidad Central de Venezuela y catedrático en la Universidad Simón Bolívar.

Junto a su obra narrativa y teatral, escrita entre las dos orillas, destaca su participación en la obra colectiva *Antología de musas cautivas* (2008), edición facsímil de un manuscrito de presos políticos canarios de las cárceles de Lazareto-Gando y Fyffes, publicada en dos volúmenes por el Centro de la Cultura Popular Canaria. Sobre la Guerra Civil y la represión franquista escribió su testimonio que abarca desde *El dolor de la derrota* (Notas emocionadas de la emigración española en las cárceles, refugios y campos de concentración en Francia) de 1946, a *Tiempo de espera* (El 18 de julio de 1936 en Santa Cruz de Tenerife) de 1991.

En los últimos años de su vida fue aclamado como un destacado escritor y dramaturgo por el público venezolano.

2. Valor y significado de su obra

La escritura de José Antonio Rial, la novelística y la dramática, se desarrolla entre sus dos experiencias de vida, la de Canarias y la de Venezuela, siendo un exponente del perfil de autor canario “emigrante”, junto a autores como Josefina Plá en Paraguay o Antidio Cabal en Costa Rica. La novela hispanoamericana y la ciudad de Caracas tienen su libro para una historia de la emigración en la era del petróleo en Venezuela: *Venezuela imán* (1955). Es una novela que reúne todas las características como referencia fundamental de los orígenes cosmopolitas de la ciudad de Caracas. José Antonio Rial fue periodista y dramaturgo de largo alcance, nacido en tierras andaluzas, pero de plena raigambre canaria, por su estadía vital en las islas y futura emigración a las tierras de Bolívar. Las obras completas de Rial se han ido publicando con calidad editorial en los últimos años, destacando por encima de todas sus aportaciones el testimonio político en el libro *La prisión de Fyffes* (1978), su participación en la aparición del legado poético *Las musas cautivas* con cartas y poemas escritos en las prisiones franquistas del Archipiélago, así como en su prolífica obra teatral, con piezas representadas como *Bolívar*, *Cipango* o *La muerte de García Lorca*.

Durante su periplo americano, llega a Venezuela en el barco “Magallanes”. José Antonio Rial trabajó en las editoriales Las Novedades y La Continental, desarrollando en adelante una voluminosa obra narrativa y un destacado quehacer periodístico, dilatado en la prensa y televisión venezolana. Su amor por el teatro, el apego a los libros y la escritura, la añoranza de las Islas representada en libros más recientes como la novela *Las nereidas del faro* (2004), dedicada a su esposa Clorinda y a su hermana Margarita, madre del reconocido escritor Alberto Vázquez Figueroa, constituyen la estela de un estilo personal, distinguido entre el mosaico de autores de su generación, otorgando a su figura literaria una emblemática aura. Una de sus obras maestras, *Venezuela imán*, todavía necesita ser redescubierta por el gran público. Entre sus ediciones, la primera de 1955 en ediciones Edime, en editorial Losada en 1961 y la última edición de hace 50 años, en Plaza & Janés (1973), que se han convertido en joyas literarias difíciles de encontrar.

José Antonio Rial, fallecido en 2009, legó una obra literaria para las dos orillas, la canaria y la venezolana, la americana y la europea, contando la tragedia humana universal en experiencias como la represión o la emigración, así como el reclamo de los ideales de juventud, la memoria histórica en favor de los vencidos y las aspiraciones de un mundo mejor, articulando en su cosmovisión literaria una mirada crítica, comprometida con los valores de justicia y libertad.

El autor narra en *Venezuela imán* el amor por una mujer, el hallazgo de un poema, las desventuras del emigrante en la nueva ciudad de Caracas y el poder magnético de la América profunda sobre la vida humana. El profundo calado antropológico de su Venezuela “imán” queda patente en el transcurso de las veladas filosóficas del hotel Cubagua, lugar de estadía para los personajes del libro, que dan su punto de vista existencial acerca de sus destinos. El Negro

Angelito, el filósofo Vallejo, el nazi suicida Waldemar Müller, el inventor Cagliostro y la atribulada magia de Silveria giran en un fantástico carrusel de rostros ante la mirada atónita del protagonista, el periodista Torres, que sufrió en sus propias carnes la experiencia de los campos de concentración y es testigo ocular de la enigmática ebullición cosmogónica de Caracas, la ciudad turbulenta con su fusión de orígenes. A todas luces, la novela de José Antonio Rial incluye un crisol de sabores emanados del trópico: la ceiba, el musiú, la cachaza, los ranchitos, la arepa y el joropo, y una mirada extasiada en el elogio de la naturaleza americana.

La raíz profesional de José Antonio Rial por el ejercicio del periodismo revela una prosa de elegancia y exactitud, una suerte de teletipo magistral sobre la letanía trágica de la guerra en la memoria de las gentes europeas que huyeron de la barbarie y la vida cotidiana del criollo venezolano en el despegue de la era del petróleo, un tiempo histórico definitorio para la constitución del imaginario colectivo de la futura Venezuela.

3. Bibliografía

Entelequias (Teatro, 1929)

Viaje interior (Teatro, 1935)

Ángel (Teatro, escrita en la cárcel)

Gentes de mar (Novela, 1947) Premio de la Asociación de la Prensa de Tenerife

Los armadores de la goleta Ilusión (Teatro, 1950)

La torre (Teatro, 1951) Premio del Ateneo de Caracas

Reverón (Novela, 1954)

Nurami (Teatro, 1954)

Venezuela Imán (Novela, 1955)

Cementerio de automóviles (Teatro, 1957)

La escuela nocturna (Teatro, 1963)

La muerte de García Lorca (Teatro, 1963)

Jezabel (Novela, 1965)

La prisión de Fyffes (Novela, 1969) Coeditada por el Centro de la Cultura Popular Canaria, CajaCanarias y el Gobierno de Canarias en 2003.

La destrucción de Hispanoamérica (Ensayo, 1976)

El padre (Teatro, 1977)

Bolívar (Teatro, 1982)

La fragata del sol (Teatro, 1983)

Cipango (Teatro, 1986)

Panamá (Teatro, 1990)

Segundo naufragio (Novela, 1991) Editada por la Viceconsejería de Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias en 1989

Tiempo de espera (Novela, 1991)

La Cenicienta en Palacio (Teatro, 1993)

Las nereidas del faro (Novela, 2004) Editada por el Centro de la Cultura Popular Canaria en 2004

Sucre, el sueño del hombre (Teatro, 2004)

Sobre Rial:

-Artículo de Roberto J. Lovera de Sola (*Boletín de la Academia Nacional de la Historia*. Caracas. 1988, Volumen 71)

<https://biblat.unam.mx/hevila/BoletindelaAcademiaNacionaldeHistoriaCaracas/1988/vol71/no281/6.pdf>

-Artículo de Carmen Márquez Montes (*Anuario Americanista Europeo*, 2006-2007)

<https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/3154845.pdf>

SELECCIÓN DE TEXTOS

José Antonio Rial, *Venezuela imán* (extracto)
Plaza & Janés, Barcelona, 1973
(Páginas 15 a 20)

ISBN:84-01-43455-6

I

EL VALLE DE JOSAFAT

«Esta ciudad no es ahora de nadie. Estamos edificándola, como a Babel, hombres confundidos, de distintas lenguas. Hemos elegido para esta reunión de los pueblos y construcción de una metrópoli un hondo valle entre abruptos y verdes cerros del trópico».

El “poema” comenzaba de este modo: estaba escrito a mano y era largo.

Pensé en el autor: algún inmigrante insomne, en noches de angustias molestando a los compañeros del cuarto y excitadísimo, habría concebido esta nueva “Araucana”. O quizás “el poema” era obra de un sin trabajo que aspiraba a un puesto de reportero y nos enviaba aquella primicia.

¿Qué esperaba el ignorado autor? Cierta gente trata de mover el mundo con un mensaje. Y este sujeto que escribía a mano y en papel rayado su “poema” sobre la ciudad en construcción, ¿qué pretendería?

Por lo pronto, había tenido suerte. El jefe de redacción me entregó “aquello” para que lo leyera o lo echara al cesto, y mi estado de ánimo era tan sombrío como para hacerme pensar en la

pobre gente que escribía “poemas” sobre Caracas y quería hacerlos publicar en un diario repleto de anuncios.

¡Quién podía saber lo que ocultaba detrás de aquel “poema”; acaso era la última esperanza de alguien, de un ingenuo pues que a Caracas no se venía a escribir versos sino a ganar bolívares! ¿Se suicidaría el hombre, sería un inmigrante más de los que se colgaba de un mecate, en el retrete de un fonducho portugués?.

De verdad, me sentía responsable. Pensaba, incluso, que era una buena idea la de escribir el poema de la ciudad en construcción...

Pero yo había bebido demasiado whisky después de la escena con Silveria y el “poema” que empezaba a imaginar era como una fantasía ebria donde la ciudad, los criollos, los inmigrantes, mis amigos, los edificios de la avenida Bolívar y hasta las torres petroleras de Zulia bailaban confundidos.

Por los balcones abiertos entraban los destellos rojos, verdes, azules, ámbar o violeta de los anuncios luminosos de enfrente. Unos senos desnudos, dibujados de golpe por un relámpago, quedaban, un segundo después, cubiertos por un sostén marca “Perfection”, y así mismo lucía, sobre una pierna esplendorosa una media “sex”.

Dentro de mí, el “poema” de Caracas también iba y venía en destellos inesperados, que se apagaban de golpe. Esto era, más que locura tropical, agotamiento nervioso, noches en vela, aguardiante, como llaman los criollos a toda clase de bebidas alcohólicas, y por último, hoy mismo, Silveria.

Echado sobre la mesa, con el fulgor de los tubos neón pesándome sobre la nuca, el olor a orines de todas las redacciones de periódicos irritándome las vías respiratorias y el whisky confundiendo mi mente, comenzó la zarabanda.

El “poema” del inmigrante reposaba, desplegado, junto a mi cabeza.

Las tres cuartas partes de mi oscuridad interior eran un peso como el que esconde bajo las aguas el iceberg: lastre que el sueño mismo mantenía oculto, pero que tendía a hundirme.

Por el momento no quería pensar en Silveria: allá se las arreglase con su eunuco y para siempre. Caracas, o mejor, Venezuela, me salvarán a mí. Tierra ancha y estrellas, eso se precisaba como bálsamo para las enconadas heridas del campo de concentración, no mujeres.

Si la mujer, si Silveria no era el remedio, mejor no pensar ni en ella, ni en su niño, ni en el velero “Alegranza” que le había traído a La Guaira. Mejor imaginar un poema inmenso de tierras y ríos: el Orinoco, el Apure, el Caroní, el Catatumbo y su relámpago, las selvas de tres pisos, árboles sobre árboles, el oro, los diamantes, el petróleo, los tigres, las boas tragavenados, el ganado cimarrón y el llano... Mejor pensar en Venezuela, en su ancho cielo y en su suelo inmenso y libre.

Sin embargo, en la mente cansada no se manda, sobre todo cuando uno se siente deslizar sueño adentro, como si cayera a su propio subsuelo.

La habitación de mi amigo el filósofo con sus siembras hidropónicas, en cajitas de cartón, puestas sobre la nevera, la veo ahora dentro de mis ojos cerrados, con absoluta nitidez. Quizá sea Vallejo, el filósofo, el único hombre que pueda comprender la Caracas de hoy.

«Caracas crece y bulle con dolor de los más, con sufrimiento de los elegantes de ayer- orgullosos provincianos a los que la riada inmigrante ni respeta ni comprende-, que siguen manteniendo sus modales y sus prejuicios, en una urbe de gigantescos andamios, que no es el pequeño teatro de 18..., con sus generales, sus cortesanos y su élite social».

¿Cómo, es esto el “poema” del inmigrante-me pregunto- o es que dormito y me extravió!
¿Qué sabe el inmigrante de hoy del criollo de 18...?

Quizás el único hombre que pueda explicarse las Caracas de hoy con sus miles de extranjeros de todos los países del mundo, y su tendencia a agigantarse, a crecer por crecer, como si fuese una ciudad iguanodonte, a la que el sutil espíritu de su pequeña y provincia madre le queda corto, sea Vallejo, el filósofo que ha venido de Europa, no a hacerse rico, sino a comprender como un país se transforma en pocos años, sin que los hombres no se den cuenta de lo que crean ni de lo que destruyen.

El filósofo está estructurando un sistema de ideas en el que se ajustan y acoplan todas las concepciones humanas.

Quizás él pueda explicarnos la metrópoli que saldrá de entre tantas manos blancas, negras y pardas.

«Caracas tiene sus criollos, sus mestizos, sus zambos, sus negros y sus indios, y ahora tiene inmigrantes de todas las latitudes, ávidos de faena, capaces de levantar un rascacielo en una noche, como los pólipos edifican una isla en los mares cálidos».

«Los criollos hicieron su revolución y se quedaron solos, con haciendas ilimitadas, la flor del ganado de América y peones para la paz y la guerra, que llegaron a generales, en muchos

casos, sin apearse nunca del caballo. Llegó Castro, de los Andes; luego Gómez, y después, el Petróleo...Ahora la novedad es el emigrante, el italiano, el portugués, nosotros los inmigrantes».

«Tras la ciudad, comenzando en los altos arrabales que la rodean de escoria viva, como a cráter de volcán, empieza la geografía prodigiosa, que culmina en terrores y maravillas: el Salto Ángel; el Roraima; Delta Amacuro, tierra anfibia de los manglares y caños, donde el Orinoco no es un río sino un dios; el lago de Maracaibo, poblado de arboladuras de hierro y de llamas: petróleo; los Andes, altas cumbres, y nieves perpetuas, páramos y frailejones; Margarita y otras luces, el Caribe, perlas; el Llano, y tras el llano sigue y sigue el llano, con sus tigres, sus garzas, manadas de venados y bongos; indios, un río negro de aguas puras, zarrapia, vainilla, caucho...y al este, ¡la Gran Sabana! paz, un mundo de paz, praderas inmensas, aguas cristalinas y soledad. ¡ Yo no quería venir a Caracas, a estar preso entre las calles y el cemento, yo busco el corazón de Guayaná! ».

A muchos de los extranjeros que llegan del Viejo Mundo o de la misma América, pero sobre todo de la asolada Europa de esta postguerra, les interesan la ciudad y el país semideshabitado que comienza aquí mismo, en los lindes de la urbe, solo porque produce ingentes cantidades de petróleo, porque hay minas de hierro en las montañas de Imatoca, en cerro Bolívar, oro en el río Yuruary y diamantes en el Caroní.

Por las calles de las ciudades venezolanas se puede oír a cada instante, como leitmotiv de cualquier inteligible conversación en griego, en árabe, en italiano, en húngaro o en polaco: “bolívar, bolívar” y diez y cien veces “bolívar”, pero los que hablan no se refieren sino a la moneda de plata que vale más de cien francos y cerca de doscientos liras.

«Caracas, esta ciudad bruja de la que puede estarse hablando una vida, es un emporio. Aquí todo ha venido a mezclarse, como en un campamento babilónico. El valle donde acampó Diego de Losada, donde se arrodilló Humboldt mirando hacia la Silla del Ávila, es ahora tierra de aluvión del nuevo río de los siglos. Con las riquezas técnicas del mundo actual, con gigantescas palas mecánicas y arietes que hunden de un golpe casas donde se vivió en paz durante un siglo, se mezclan los escombros de la ciudad romántica y detritus de todo el planeta».

«Hombres y máquinas de la pasada guerra han venido aquí a construir. Éste es el valle de Josafat, el de la resurrección de la carne. Venezuela, Caracas, el sueño de los hombres que dormían en barracones tras las alambradas, y el de los desplazados de media Europa, señalaba hacia aquí, como la aguja magnética marca el Norte. Este valle es ahora en playa de náufragos, donde unos llegan con anhelos y los más con sus heridas y terrores».

«Desde hace años atraen el imán petróleo, el rumor de colmena de la Caracas en construcción y la anchura solitaria de los llanos venezolanos, a cuantos se cansaron del sangriento fuego Europeo o a los que, sin saber mucho de tal juego no caben en aquellas penínsulas abarrotadas de pobres. Los fugitivos que durante la última guerra se detuvieron tras las cordilleras o al borde del mar, con angustias, soñando con la América en paz, ahora realizan su contenido anhelo, aunque no siempre encuentran la Canaán entrevista en los días del éxodo».

«En los viejos barcos de banderas europeas llegan a Venezuela la collera de cascabeles de un caballo húngaro que murió en la huida, un violín que dicen Stradivarius, mesas desportilladas, sacadas de entre los escombros de los bombardeos, trajes típicos de campesinas ucranianas, tres cuadro de Degás, que acaso sean auténticos, un orinal que hace tres años rueda por los caminos

sin hallar acomodo, joyas de una corona y hasta títulos nobiliarios de los que nadie quiere acordarse».

«Y aparte ese bagaje, y la tramoya del teatro hundido, vienen algunos actores y parte del monumental coro del último drama».

«También hay quienes traen herramientas, sus buriles, sus navajas de afeitar, grandes cuchillos de cocina, ganzúas, rifles para cazar tigres en las calles de Caracas y algo más peligroso, todos los credos del mundo, en ebullición, trastornados por los últimos choques, derrotas y triunfos; todas las concepciones políticas hechas carne y convicción o desengaño, y religiones diversas, lenguas y dialectos diferentes, costumbres, prejuicios, manías, odios, enfermedades, suciedad, locura y sífilis, pero, sobre todo ello, como bandera blanca de estas flotas del Diluvio, ansías de echar raíces en una tierra que no arrasen los Bárbaros del Norte ni los del Sur».

«Venezuela es aquella tierra de El Dorado, del imán maldito que perdiera a Jiménez de Quesada, que arrastrara hasta el infierno verde al capitán Antonio Berrío, a Walter Raleigh y al Tirano Aguirre. Allá en el fondo de Guayana, la mágica Manoa, de murallas de oro, sigue brillando para los ambiciosos. Y ahora las fuentes inagotables del petróleo son un motivo más de hechizo de este país sirena, del que los inmigrantes sólo saben leyendas».

Pero, ¿es éste el “poema” del inmigrante-me digo- o es que sueño despierto, arrullado por los rumores del taller de abajo, por la lluvia tintineante de las linotipias y el silbido de tren de la rotativa, que ahora comienza el primer tiro?